

—Entonces cerrad los ojos, y aguardad un instante.

—Ya están cerrados.

—Bien, Carlota.

Madre Petra se alejó.

La jóven quedó sola.

---

## Capítulo LXXXIII.

---

Continuacion del anterior.

Momentos despues de la escena á que acabamos de asistir, una suave claridad, muy semejante á los primeros rayos del alba, se fué derramando por la estancia que ocupaba Carlota.

Aquella escasa luz apenas permitia distinguir los objetos, que formaban formas caprichosas y en cierta manera fantásticas.

Aquellos muebles antiguos, tan rotos, tan sùcios, parecian colocados en los profundos subterráneos de algun castillo encantado, y los enséres derramados sobre la mesa recordaban un dia de sábado en el camarín de la bruja.

Carlota, con los ojos cerrados y arrodillada sobre la estera, parecia la estatua de un sepulcro debida al



cíncel de un inspirado artista, ó más bien la sombra de la beldad que allí yacía.

Su pensamiento vacilaba entre la esperanza y la duda, y la agitacion que se notaba en ella hacia ver la lucha que sostenía su corazón.

Una mano cariñosa, delicada, como había dicho antes madre Petra, apretó la mano de Carlota, que se estremeció á su contacto como la tierna sensitiva al del caminante que le toca.

Aquella mano se obstinaba en oprimir la de la jóven, y revelaba la ternura de una persona conmovida por sensaciones muy violentas.

La mano se abrió de improviso, y robustos brazos ciñeron la esbelta cintura de Carlota.

A esta presión se estremeció más la esposa de Alvarado, sintió las violentas palpitaciones de un corazón que sobre el suyo latía, y un ardiente aliento que quemaba la encendida tez de su rostro.

La jóven intentó desprenderse; pero aquellos brazos robustos eran un templado círculo de acero que no le dejaba respirar; y además temía, resistiéndose, no recobrar la vista que había perdido, según su propio convencimiento y las aseveraciones de la vieja.

A pesar del temor que le dominaba, entreabrió sus párpados un poco, y percibió la débil claridad que iba iluminando el aposento.

Sus párpados volvieron á cerrarse; un aliento tan inflamado como el soplo de los volcanes bañó su rostro enteramente, y sobre sus labios se posaron unos labios secos y ardientes.

A su contacto se aumentó el estremecimiento de Carlota, y no pudiendo contenerse, abrió los ojos, exclamando:

—¡Más luz, más luz!

—¡Más luz! —gritó también entonces una voz robusta y varonil.

Un momento después el aposento se llenó de sorprendente claridad.

Carlota, al reconocer en su seductor al caballero que hacía tiempo la galanteaba, dió un grito de espanto.

Por medio de una brusca sacudida logró desasirse de los brazos que la ceñían, se puso de pie con presteza, y contemplando á don Félix Acevedo del Rincón, que así se llamaba el falso amigo de su esposo.

—Caballero, —le dijo con altivez, —¿qué queréis de mí? ¿Cómo os halláis en este aposento?

—Yo no sé, —repuso Acevedo, —cómo he venido á esta habitación miserable, ni quién me ha conducido á ella.

—¿Es posible? —preguntó Carlota aumentando su admiración.

Así ha sucedido, señora. Me habéis preguntado que quiero y á eso sí puedo responder: Quiero vuestro amor.

—¡Jamás! ¡Jamás!

—Es indispensable que me améis.

—Nunca.

—Los hados lo quieren.



Carlota se sonrió irónicamente.

—¿No creis en la ciencia de madre Petra?—Le preguntó don Félix.

—Sí creo, y esta noche más que nunca; pero más crédito que á sus combinaciones cabalísticas y á los aparecidos doy á mi corazon.

El caballero se acercó más á Carlota, y dando al sonido de su voz una entonacion imponente, pronunció á intervalos estas fatídicas palabras:

—He salido de mi casa contra mi voluntad, Carlota: espíritus fuertes é invisibles me han conducido á este aposento; nuestro destino esinvariable; se cumplirá lo que está escrito.

—Sí,—pronunció una voz sonora, que pareció bajar del techo.

La jóven tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón; tanta impresion le habia causado aquel solemne sí pronunciado por un espíritu invisible.

Don Félix se aproximó á Carlota, aprovechando aquel momento de supersticioso terror, la presentó un sillón con afectada galantería, y sentándose él, dijo.

—¿Habeis oido la voz del oráculo?

—Sí.

—¿Y creeis en él?

Carlota no sabia qué responder.

Sus inquietos ojos vagaban por el aposento.

Todos los objetos que habia en él aumentaban su fascinacion, y en todos hallaba recuerdos que la enloquecian más y más.

La bruja habia predicho lo mismo.

El espejo le habia mostrado una gran sombra, interponiéndose entre ella y Alvarado.

Una voz que descendia del cielo, ó se elevaba del abismo, confirmaba las predicciones y las palabras de su seductor.

¿Qué podia hacer una mujer en semejantes circunstancias? Vacilar, dudar y confundirse.

—¿Creeis en el oráculo, Carlota?—repitió don Félix.

Carlota movió la cabeza.

—¿Creeis en el oráculo?

—¡Ah! No me paegunteis, caballero; estoy loca.

—¿Qué os aqueja?

—¿Cuánto he sufrido!... No puede resistir una mujer tantas y tan fuertes sensaciones.

—¿Carlota!

—Dejadme, os lo suplico.

—No recordeis lo que ha pasado, y ocupémonos del porvenir. Yo soy poderoso.

La esposa de Pedro de Alvarado se sonrió con desprecio.

—Tengo oro suficiente,—añadió Acevedo,—para llenar este aposento. Mi poderío es tal, que el mismo emperador Carlos V me teme.

—¡Mentira!

—¿Qué habeis dicho?

—Nuestro querido monarca, rodeado de sus fieles vasallos, no puede temer á nadie.

—Bien, Carlota; no hablemos de eso. Mi poder, mi oro, mi fortuna y mi espada, están á vuestros piés.



—¿A mis piés? No 'entiendo ese lenguaje, caballero.

Este, á pesar de su audacia, al ver la entereza de la jóven, permaneció silencioso algunos momentos.

—Me explicaré más claro,—dijo al fin.—Carlota, yo os amo.

—Os ruego que desecheis ese mal pensamiento.

—No es posible que lo deseche. Ya sabeis que ¡ha-  
ce tiempo os adoro, que no os apartais un momento  
de mi memoria.

Los rosados lábios de Carlota dejaron vagar una  
sonrisa, á la par amarga y desdeñosa.

Don Félix prosiguió:

—No creais que alimento fugaz capricho, aficion  
liviana y pasajera. Siento un amor constante, inmen-  
so, que me devora y me consume, que me dá calor y  
me mata. Siento un amor voraz, y tambien celos.

—¿Celos?—repuso Carlota, burlándose;—mala en-  
fermedad es esa, caballero.

—Yo creia, que al ménos os inspiraria compasion.

—¿Y con qué derecho podeis tener celos? ¿Acaso  
con el de una pasion liviana? Yo sí que los tengo, y  
sufro lo que no es decible. Paso las noches sin dor-  
mir; cada dia me parece un año; veo hermosos ros-  
tros de mujer que sonrien á mi esposo, torneados bra-  
zos que le ciñen, purpúreos lábios que le besan, y...

—¿Carlota!

—Sufro tanto, padezco tanto.,.

—Más sufro yo mil y mil veces. ¿No habeis oido  
que os amo?

—¿Y no habeis oido que desecheis ese mal pen-  
samiento?

—Es imposible.

—Pues sufrid como yo sufro; no puedo daros otra  
respuesta.

—Sufrir sin esperanza, señora, es cien veces peor  
que morir.

Carlota volvió á sonreirse.

Esta sonrisa ofendió al caballero, que prosiguió:

—Estoy decidido á poseeros, y sereis mia.

Nueva sonrisa de Carlota.

—Me estais provocando, señora,—añadió Aceve-  
do, levantándose y dirigiéndose á la jóven.

Esta se levantó tambien, y comenzó á brillar en  
sus ojos la llama de su noble orgullo y de su indoma-  
ble fiereza:

—Me habeis vuelto loco, señora,—añadió don Fé-  
lix,—y recurriré si es preciso hasta á la fuerza.

—¿Hasta á la fuerza?—repitió Carlota, y sus ojos  
brillaban como carbunclos.—¿Hasta á la fuerza? An-  
tes de recurrir á ella atreveos á mirarme frente á  
frente sin bajar los ojos, caballero.

Acevedo quiso sostener aquella poderosa mirada;  
pero sus ojos se bajaron, y gruesas gotas de sudor  
frio bañaron su frente.

Aprovechándose Carlota de su turbacion:

—Madre Petra,—exclamó,—venid pronto.

La bruja no respondió.

Entonces, dirigiéndose á Acevedo, le dijo:

—Llamad á esa mujer.



—Madre Petra,—gritó el caballero, que continuaba fascinado por la mirada de Carlota.

La vieja se presentó al punto.

—Cuidad, señora, de este caballero, que yo estoy dispuesta á marcharme.

—Perdonad,—replicó la vieja con calma;—don Félix debe marcharse el primero.

Y al pronunciar estas palabras hizo una señal de inteligencia al caballero.

Este la comprendió y salió.

Sin duda le proponía un raptó.

Pero no se realizó.

Al presentarse en la calle don Félix se halló frente á frente de un embozado, que dirigiéndose á el, exclamó con estentórea voz:

—Esto es lo que hago yo con los villanos.

Y le cruzó el rostro.

Al sentir tamaña afrenta, tiró el caballero de la espada, y el desconocido descubrió tambien su acero.

Un momento despues caia en tierra, bañado en sangre, don Félix Acevedo del Rincon.

Veamos lo que habia sucedido.

Pedro de Alvarado se retiró casualmente á su casa aquel dia antes de lo acostumbrado.

Preguntó por su esposa, y una de las doncellas le dijo que habia salido.

Empezó á sospechar por su ausencia y viendo que se prolongaba:

—Tú debes saber,—le dijo,—dónde ha ido.

—¿Yo, señor?

—Si; para tí no tiene secretos,—exclamó Pedro de Alvarado.

—Os juro...

—Vaya, vaya, ó me dices dónde ha ido, ó vive Dios que he de hacer un escarmiento.

La doncella se asustó, y despues de mil rodeos participó á Alvarado que su esposa se habia dirigido á casa de madre de Petra.

El esposo de Carlota fué á buscarla.

En el camino encontró á otro de los empleados de palacio, muy amigo de Acevedo, á quien aquel dia no habia visto.

—¿Qué ha sido hoy de vuestro amigo don Félix?—preguntó Alvarado.—No se le ha visto en palacio, y en su casa me han dicho que salió muy temprano.

—El bueno de Acevedo es uno de los galanes con más suerte que hay en la corte. Segun tengo entendido, una beldad, á quien hace tiempo rondaba, aunque sin hallar eco, por medio de un engaño ha conseguido que vaya esta noche á casa de madre Petra.

Alvarado no quiso oir más.

Con febril agitacion se dirigió á casa de la bruja, y cuando iba á llamar á la puerta, salió precipitadamente don Félix.

Esta fué la causa de que sin que precediera la menor explicacion le diera la muerte.

Carlota, que habia oido el ruido de los aceros, se asomó á una ventana y reconoció á su esposo.



—Estoy perdida,—exclamó esta con una gran desesperacion.

Y cayó desmayada.

Cuando Alvarado subió y la encontró en aquella situacion, se hallaba á su lado madre Petra.

—Vais á confesarme la verdad de lo que ha pasado aquí, bruja infame. Pero os advierto que si vuestra declaracion no está conforme con la que preste mi esposa en cuanto vuelva en sí, perecereis á mis manos.

La vieja le contó cuanto habia sucedido en la escena á que hemos asistido, sin omitir detalle alguno.

Carlota recobró el conocimiento.

—Pedro, no me culpes,—dijo al ver á su esposo, soy inocente.

Le dió más explicaciones, y como sus palabras coincidían con las de madre Petra, y más que nada, como estaba seguro de su virtud, quedó completamente satisfecho.

Después de dejar encerrada á madre Petra y de llevarse la llave, salió con su esposa y la acompañó á su casa.

En seguida se fué á la Inquisicion, dió parte de la vida que hacia la bruja, y madre Petra fué condenada al tormento.

De esta manera terminó sus días la que durante tanto tiempo, gracias á sus malas artes, habia logrado ser considerada por los más distinguidos caballeros de la corte.

Alvarado observó desde entonces una vida ejemplar, temeroso de que los celos que pudiera despertar en Carlota la condujeran á aventuras de las que él tuviera que lamentar las consecuencias.



## Capítulo LXXXIV.

Fray Julian Garcés.

El mismo día que por orden de Estrada se cortó la mano á uno de los criados de Hernan Cortés, para castigar su complicidad en el asesinato de uno de los capitanes, suceso del que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores, llegó á Tezcuco fray Julian Garcés, de la orden dominica, que iba nombrado obispo de Tlascala, cuya diócesis se llamaba *Carolense*, en honor del emperador Carlos V.

Supo las disensiones que habia entre los españoles, metió en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á Méjico.

Pero ¿quién era Julian Garcés, dirán nuestros lectores, y á qué debia el haber sido elevado á tan alta dignidad?

Para satisfacer á estas preguntas, tenemos que retroceder algunos años.

Fray Julian, como el célebre Ignacio de Loyola, antes de dedicarse á la Iglesia habia sido soldado.

Tomó parte en la guerra de la conquista de Granada, y fué uno de los que más se distinguieron por su pericia y su valor.

Todo se revelaba en él una decidida vocacion para las armas, en las que le aguardaban inmarcesibles laureles.

Pero una circunstancia imprevista sofocó los instintos belicosos del mancebo.

Hallábase paseando una mañana por los alrededores de la Alhambra, cuando vió á una judía, cuya esbelta figura, cuyos graciosos movimientos, le impresionaron notablemente.

Ya sabemos que las judías llevaban ordinariamente el rostro cubierto, y esto produjo mayor incentivo en el soldado.

—¡Vivan las buenas hembras y la tierra que las cria! —exclamó.

Rosmunda, que así se llamaba la judía, no contestó.

Antes, por el contrario, avivó el paso.

—Vamos, prenda, no seais tan esquiva con un cristiano, que á través de vuestro ondulante traje adivina que se halla frente á una buena moza.

Rosmunda se detuvo y contemplando á Julian:

—¿Qué sabeis si soy buena moza? ¿Acaso me habeis visto el rostro?



—¿Pues qué, el sol puede ocultarse?

—Vaya, dejadme en paz y continuad por vuestro camino, que yo seguiré el mío.

—Si será eso verdad, mientras al ménos no vea yo esa carita, que debe ser un lucero.

—¿Y si os asustais de su fealdad?

—Si no puede ser eso.

—Sólo me descubriré con una condicion.

—¿Cuál?

—La que me dejeis enseguida.

—Concedido.

La judía exhibió un rostro hechicero, en el que el soldado no sabia que admirar más, si la delicadeza de las facciones, ó la viveza, á la par que dulce expresion, de sus hermosísimos ojos.

Rosmunda, que conocia la impresion que habia producido en Julian:

—Ahora, lo ofrecido es deuda,—dijo.

Y se dispuso á partir.

—Pero, hijita, me dejareis que os acompañe.

—De ningun modo.

—¿Y por qué?

—Porque una de mi raza no puede dar oidos á un cristiano. Además, que vos no podeis amarme jamás.

—No veo la razon. ¿Acaso vuestra belleza no es capaz de fascinar al que os vea sólo una vez?

—Agradezco la lisonja, por más que esté convencida de lo que os he dicho. Un cristiano no puede amar á una judía.

—Estais en un error: el amor no reconoce religiones ni jerarquías.

Garcés continuó galanteando á Rosmunda, la cual, aparentando distraccion, no se opuso ya á que la acompañase el soldado.

Este agotó el diccionario amatorio, y como en honor de la verdad era lo que se llama un buen mozo, sus palabras hallaron eco en el corazon de la judía.

Cuando más animado iba siendo el diálogo, divisaron á los lejos á unos soldados españoles, y Rosmunda dijo á su acompañante:

—Retiraos; ni á vos ni á mí nos conviene que nos vean juntos.

—¿Y cuándo volveremos á vernos?

—No sé si debo...

—No perdamos tiempo; decidme dónde y cuándo tendré esa dicha.

Rosmunda quedó pensativa algunos instantes, y al fin exclamó:

—Pues bien; mañana á la misma hora y en el mismo sitio os aguardo.

Garcés, que como buen soldado habia entrado á saco en muchos corazones, tenia esa truhanería de los piratas del amor, y antes de que la jóven pudiera evitarlo, imprimió un fuerte ósculo en su cándida frente, y desapareció.

Rosmunda fingió incomodarse por aquel atrevimiento, pero lo cierto es que cuantas veces volvió el soldado la cabeza para contemplar á su amada, se



encontró con las miradas de esta, que le veía alejarse con pena.

No hay para que decir la puntualidad con que el soldado asistió al día siguiente á la cita.

Continuaron viéndose todos los días, entablándose entre ellos una íntima amistad.

El tiempo se encargó de hacer cambiar este sentimiento en un entrañable amor.

Cuando más apasionados se hallaban, cuando se deleitaban formando esos mil proyectos que constituyen la felicidad de los amantes, se decretó en España la expulsión de los judíos.

Terrible fué el efecto que produjo en ellos esta noticia, que entrañaba la pérdida de sus ilusiones.

Julian, que abrigaba el proyecto de hacer su esposa á Rosmunda, había ido poco á poco infiltrando en su alma las ideas del cristianismo, y el día de la conversión de la joven se hallaba próximo.

El perentorio plazo que se fijaba en el decreto de expulsión para la salida de la judería y morisca destruía planes tan venturosos.

¿Qué hacer en aquella crítica situación?

Este era el problema que mutuamente se presentaban para su resolución Julian y Rosmunda.

La mujer cuando está verdaderamente apasionada, es capaz de los mayores sacrificios.

A pesar de su delicada organización, á pesar de su debilidad, se manifiesta mucho más fuerte que el hombre, y en todas ocasiones acepta el sacrificio si él ha de conducirla al objeto de sus propósitos.

No hay que extrañar, por lo tanto, que ella fuera la primera que, tomando una resolución definitiva, dijera á su amante:

—Julian, cualquiera que sea mi suerte, yo no quiero separarme de tí.

—Desgraciadamente, eso que dices no es posible. Mi deber de soldado, aunque me destroce el corazón, me obliga á permanecer al lado de mis filas. Tú no puedes quedar aquí.

—¿Y para qué quiero la vida, si no he de estrecharte en mis brazos, si no he de oír tu acento, más dulce que el de los querubines del cielo? ¡Ah! ¡No! Proporcióname un disfraz para cuando salga de noche, y durante el día permaneceré oculta, aunque sea en el fondo de una cueva.

El soldado se sonrió melancólicamente.

—Mi amor me aconseja complacerte; pero mi conciencia me lo prohíbe. Tendría un eterno remordimiento si por mi causa te sobreviniera alguna desgracia. Además, tendrías que separarte tal vez para siempre de tus padres, y yo jamás exigiría de tí tan dura prueba.

—¿Y qué es para mí el mundo entero, Julian mio, comparado con la dicha de poseer tu cariño? Tú llenas todo mi ser, tu imagen querida no se aparta un momento de mi corazón; cada hora que pasa cuando nos hallamos separados, me produce una inefable alegría, porque ella significa que tengo menos que esperar para leer en la mirada del que soy su esclava.



No es posible pintar el efecto que producian en Julian las palabras de su amada.

Cuanto dijéramos seria pálido.

Bástenos saber que hubo momentos en que cruzó por su imaginación la idea de desertar de las filas, idea que estamos seguros jamás habia ocurrido en aquellos tiempos á ninguno de los que combatian contra los moros.

Cediendo por fin á las insinuaciones de Rosmunda, le proporcionó el disfraz.

La joven vistió su nuevo traje con infantil alegría, y para dificultar más el ser reconocida por sus perseguidores, se tiñó el pelo y las cejas.

En un arrabalito de la ciudad tomó una modesta habitación con el nombre de María Perez.

Allí continuó visitándola su amante, felicitándose de que por medio de aquella extrategema no hubiesen tenido que renunciar por completo á su dicha.

¡No podian figurarse los dias de amargura que les aguardaban!

Pronto en el arrabal llamó la atención que la nueva vecina no saliera jamás de su casa durante el día.

Se hicieron mil comentarios, y estos rumores llegaron á oídos de Torquemada.

Comisionó á unos familiares para que averiguasen lo que hubiera de cierto sobre lo que de público se decia.

El resultado de las pesquisas de aquellos indivi-

duos del tribunal de la santa Fé, como habrán adivinado nuestros lectores, fué la prision de la bella Rosmunda.

La trasladaron á la cárcel del Santo Oficio, incautándose antes de cuanto hallaron en su casa.